

LAS CUENTAS CUENTAN... ¿CUENTOS?

Zapatero a tus zapatos...dice el refrán

Ustedes no me conocen, aunque mi identidad no tiene ningún misterio. Soy un ciudadano anónimo, de los que no hablan los telediarios salvo en caso de catástrofes. Tengo estudios, puedo ser empleado en una empresa, médico, informático o profesor. Lo que ustedes prefieran. Ahorro en parte por necesidad y en parte por sensatez. Al despertar disfruto del leve pero profundo sabor del café portugués, aunque nunca me he preguntado por qué tiene tanta fama si en Portugal no hay cafetales. Lo bebo porque sé que es bueno, lo dicen los expertos. Me interesa la actualidad política, futbolera y económica, y opino sobre ella con pasión y convicción. Soy un tipo común. El Real Madrid es un gran equipo, aunque no gane la liga. Lo sé porque lo dicen los entendidos. De política... bueno, mejor no hablar, porque ahí no se ponen de acuerdo ni los que saben. Leo en la prensa económica, como cada día, noticias sobre la recesión, la contracción del ciclo y la crisis. ¿Cómo podría afectarme a mí, un consolidado trabajador liberal que mantiene a su familia con relativo desahogo?.

Seguí con mi desayuno convencido de que no debería cambiar ni una sola coma en el guión de mí vida. Estoy interesado y debidamente informado en las páginas salmón donde escriben los que conocen la materia, empresarios, socios de auditoría, profesores de universidad y hasta algún Premio Nobel de vez en cuando. Creo tener un razonable conocimiento de las actividades económicas, la contabilidad y las finanzas empresariales¹. Mis hijos, se despidieron de mí como cada día antes de ir a la escuela.

Ese mismo día asistí a una junta de accionistas. Tenía gran parte de mis ahorros invertidos porque los bancos no daban nada por ellos. Antes de hacer mi inversión me informé y consulté las cuentas anuales de varias empresas, la web de la Bolsa e incluso la CNMV hasta que me decidí. ¡Cuánta información se puede obtener sobre las empresas en Internet!. No sólo datos financieros, también información en prensa, artículos sobre operaciones importantes, previsiones sobre futuras inversiones internacionales, fusiones, etc. La Junta comenzó, pero los accionistas importantes, normalmente serenos, tenían caras largas. Me pregunté por qué. No creo que la crisis nos afecte mucho, he mirado las cuentas y el informe de gestión -pensé-, incluso la empresa se permite el lujo de hacer cuantiosas aportaciones a obras sociales.

¹ Frase tomada del Marco Conceptual del PGC punto 2, sobre la claridad.

Llegó el turno de las preguntas: muchas más que de costumbre. Me di cuenta de que algunos accionistas estaban preocupados por la seguridad de sus inversiones. El jefe del órgano de supervisión y vigilancia de la corporación respondió con contundencia: la sociedad posee una sólida actividad caracterizada por una gran expansión en los últimos años, los beneficios crecen moderada pero continuamente. Ello permite el reparto de dividendos y el incremento de nuestras actividades de responsabilidad social tanto hacia los empleados como hacia la sociedad. Los últimos resultados de la empresa muestran una buena rentabilidad.

Seguramente tranquilizó a los accionistas con su seguridad, al fin y al cabo era el experto informando con las cuentas auditadas en la mano. Todo claro, los bonus de los directivos, aportaciones para bibliotecas y actividades culturales, perspectivas de futuro, etc. Recordé un artículo de un americano en prensa que hablaba del concepto de *corporate citizenship* y me satisfizo pensar que yo había invertido en una empresa comprometida con la sociedad y sólida financieramente. En esos días al menos yo tenía una venda cubriendo los ojos, quería creer todo lo que fueran buenas noticias. Además acompañaba a las cuentas un informe limpio de auditoría, que yo como accionista había leído, y el auditor es un experto que genera *capital confianza* con su opinión. Término éste que había visto en un periódico la semana anterior.

Un accionista recalcitrante volvió a levantar la mano y preguntó si no era muy arriesgado continuar con la misma política de dividendos, bonus y obra social, entre otras cuestiones, cuando el dinero se estaba reduciendo desde hacía tres años. Aquello me sonó raro, yo había visto en los estados contables beneficios moderados crecientes tal y como habían explicado los directivos. Otro directivo le respondió en términos de devengo, plazos de cobro y pago y política financiera estudiada, habló de la buena imagen y las buenas relaciones con los distintos grupos de interés y de los próximos contratos que se firmarían, así como del incremento de financiación propia y ajena. No hubo más preguntas y la Junta concluyó con la aprobación de todos sus puntos.

Regresé a casa con la sensación de que algo se me ocultaba. Primero no sabía qué era eso del devengo y además era cierto que la empresa tenía beneficios pero cada vez menos tesorería, y a nadie parecía extrañarle. Pero yo... ¡yo estaba informado! ¡Yo miraba la información contable y el informe de auditoría! ¡Leía la prensa especializada! Echando la vista atrás hoy entiendo lo que yo era. Un ignorante informado, o tal vez un crédulo informado, especies muy comunes ambas. Fui a una librería y comencé a hojear un libro de introducción a la contabilidad, lo más básico que encontré. Lo abrí por una página al azar y empecé a leer un capítulo de la primera mitad. No entendía apenas nada, aunque estaba en español. Encontré ese maldito término:

devengo y al resto de sus familiares próximo o lejanos, periodificaciones, amortizaciones, valoración a coste amortizado, a valor razonable, deterioros y su reversión... ¡Ah! Aquí hay algo que entendía, provisión, aunque debe de haber una errata querrá decir “previsión”... ¿o no?. Creía entender la semántica común de las palabras pero era obvio que no sabía lo que querían decir. Si hay un valor razonable ¿habrá uno irrazonable o irracional?, si hay un libro mayor ¿es que hay otro menor?, si un deterioro revierte ¿es como si algo rejuveneciera? Acepté mi ignorancia, devolví el libro a su estantería y, abatido, regresé a casa.

Aquel día descubrí que en realidad no sabía apenas nada ni podía entender por mucho que pusieran a mi disposición toda la información contable de la empresa. Yo era un ciudadano de a pie, empleado, médico, informático o profesor, lo que ustedes prefieran. Rápidamente comprendí que la contabilidad es un lenguaje. ¿Qué idiomas habla usted? Yo inglés, francés y contabilidad – podrían responder los directivos de la Junta General-, pero no era mi caso. Caí en la cuenta de que yo podía arreglar un grifo en mi casa o quizá hasta colocar un enchufe, pero no podría hacer la instalación eléctrica de toda la vivienda. Nunca se me ocurriría. Y si esto era así, ¿por qué me creía capaz de entender el complejo sistema que son las cuentas anuales? Pues con esto sucedía lo mismo, podría manejar me en el banco y hacer pequeñas operaciones financieras, hasta podría entender los conceptos básicos, pero sin la debida formación no podía aspirar a entender las cuentas anuales con mis buenas prácticas de economía doméstica, mi intento era jugar con fuego y me quemé. Estaba a merced de los expertos.

Con el tiempo, se produjo una correlación inversa entre el valor de mi inversión —cada vez menor— y lo que fui aprendiendo sobre lo que cuentan las cuentas anuales y cómo lo cuentan. La empresa no estaba tan bien como se desprendía del informe de gestión, de las noticias o incluso de las auditadas cuentas anuales. Nosotros los pequeños inversores nos enteramos cuando apareció en los periódicos, los mismos que meses atrás cacareaban las bondades de la empresa y su alta rentabilidad financiera omitiendo comentarios sobre el riesgo. La empresa había estado reflejando durante varios años una realidad *más amable* valiéndose de pequeños trucos, al principio, nada grave ni ilegal —una práctica común en las empresas—, evitando informar de pequeñas pérdidas y comunicando pequeños beneficios de manera constante para crear un clima psicológico favorable en el inversor. Esto se podía hacer gracias a una cierta flexibilidad de la normativa contable que permite prácticas de *maquillaje contable* mediante la llamada *contabilidad creativa*. Me sorprendió leer que ese tipo de comportamientos ni siquiera se consideraban faltos de ética, lo que me llevó a preguntarme: ¿Quiénes eran los administradores para decidir que yo iba a preferir la versión edulcorada de

las cuentas anuales? Con el tiempo esas prácticas no fueron suficientemente potentes para enmascarar la verdadera situación que atravesaba la empresa debido a la crisis, pasaron del simple e inocente maquillaje a la ilegalidad más absoluta ocultando pérdidas con de sociedades en el extranjero y otros recursos que aún no estaban claros, pero eso sólo podían entenderlo y preverlo los expertos. Lo único claro es que había perdido mis ahorros y como consecuencia además, mi matrimonio estaba en crisis porque como dice el refrán: cuando el dinero sale por la puerta, el amor salta por la ventana.

Aprendí que las empresas filtran noticias a la prensa con intención de influir en los inversores, que el informe de gestión que con tanto interés leía se puede resumir en la siguiente ecuación: $(O*BI)^2$, es decir, optimismo multiplicado por buenas intenciones al cuadrado, y que lo que realmente cuenta de toda la información que nos rodea son unas cuentas públicas redactadas con cierta flexibilidad en las estimaciones, en un lenguaje para iniciados y que, por tanto, son un peligro en manos de quienes no lo son, o dicho de otro modo, no son excesivamente útiles para la toma de decisiones si no has penetrado en sus misterios.

Por último comprendí qué era eso del devengo y su importancia: los ingresos y gastos se contabilizan cuando nacen y no en el momento de su cobro o pago, por lo que el resultado del ejercicio refleja la situación económica pero no se ha concluido el ciclo financiero de cobros o pagos. En consecuencia, ¿cómo es posible que los dividendos y los bonus a los empleados y directivos se calculen basados en un beneficio que puede no haberse materializado todavía en dinero? Lo que es incuestionable es que los dividendos se reparten en dinero y muchos bonus también. ¿Estaré equivocado al pensar que ello constituye un acicate para cumplir objetivos a toda costa y que puede devenir además en todo tipo de prácticas de maquillaje contable?. En este punto entendí la importancia de la ética en los negocios y que jamás podría ser sustituida por ningún tipo de regulación, por minuciosa que ésta sea, y un gran pesimismo me invadió.

Aquí concluyo ésta historia. El curso de contabilidad que les he ofrecido lo pagué caro tanto en lo económico como en lo personal. Las cuentas tienen su lenguaje y cuentan, si las sabes entender, si no, son cantos de sirena para ignorantes informados, en suma si no hablas su idioma las cuentas cuentan...cuentos. No olviden ustedes quien soy, empleado, médico, informático o profesor. Lo que ustedes prefieran. Yo podría ser usted.

Adrián Alambillaga Briz